

y, en 22 de julio, aprobar únicamente la rusa y desechar la prusiana (1). Esta conducta reconocía por causa algunas intrigas subterráneas que Rusia pudo permitirse porque Austria las veía con muy buenos ojos desde que había fijado á su vez la vista en el botín polaco. El cambio que entonces ocurrió tuvo por consecuencia que el rey Federico Guillermo II, que era el único prusiano á quien animaba todavía el afán de guerra contra Francia, comenzara á dar oídos á consejos que hasta entonces había rechazado tenazmente. Hallábase el monarca en el Rin con su ejército, que hacia poco había logrado la capitulación de Maguncia (23 de julio), cuando llegaron las funestas nuevas de Grodno que le indujeron á abandonar sus tropas, á reunirse con su ejército de Polonia y á publicar un manifiesto (21 de setiembre) en el cual decía que, despues de haberse visto pagados sus sacrificios en Polonia con la mas negra ingratitud, no podía sacrificarse por mas tiempo por una causa que «le era completamente ajena.» Esto no le impidió, antes de retirarse, tomar parte, con gran riesgo de su vida, en una accion contra los franceses; ni tampoco fué obstáculo para que su ejército atacara, juntamente con los austriacos del general Wurmsler, las líneas de Weissenburgo (11-14 de octubre) y rechazara en Kaiserslautern (28-30 de noviembre), con gran arrojio, los ataques del ejército del Mosela, que mandaba el general Hoche. Independiente de estos sucesos fué el ocurrido en las últimas semanas de diciembre: el general Wurmsler, desalojado por fuerzas superiores francesas de las posiciones que ocupaba en la Baja-Alsacia, emprendió una retirada á consecuencia de la cual los prusianos se vieron obligados á evacuar á Landau é inmediatamente despues á pasar á la orilla derecha del Rin por Philippsburg (30 de diciembre) (2). Aquel viaje del rey fué, sin embargo, el primer indicio manifiesto del rompimiento de la coalicion de las potencias aliadas contra Francia y la primera victoria importante que el partido de la paz, que se agitaba en la corte de Prusia, consiguió sobre sus poderosos adversarios y aun sobre el mismo rey.

Entretanto, habíase arreglado todo en Grodno como se deseaba. En 25 de diciembre la dieta, en una sesion completamente tranquila, había acordado la cesion de Danzig, Thorn y Gran Polonia (que desde entonces se llamó Prusia meridional); pero no fué, á pesar de esto, empresa fácil de conseguir que el ejército prusiano tomara parte en la campaña de 1794. Federico Guillermo, despues de haber manifestado que su tesoro militar estaba exhausto y que su hacienda había sido agotada por una guerra que ningun provecho le había reportado y que por lo tanto no tenia interés ninguno en continuar, pidió veintidos millones de thalers como subsidios para 1794; y cuando esta pretension le atrajo el desprecio de todos y especialmente el de Austria, envió órdenes, en 11 de marzo de 1794, al general Möllendorf para que se retirase con el ejército prusiano, que se encontraba en sus cuarteles de invierno entre el Rin y el Nahe, dejando tan solo un contingente de veinte mil hombres, único que por el tratado estaba obligado á sostener. Federico Guillermo hubiera debido permanecer firme en esta resolucion (3), pues no había subsidios que bastaran á sostener dos guerras al mismo tiempo, una en el Rin y otra en el Vístula, amen de que no había que esperar honra ni provecho de una guerra contra Francia, guerra unánimemente execrada por los generales y los hombres de Estado. Despues de todos los sacrificios hechos, despues de todas las lecciones de la experiencia, el sostenimiento del contin-

(1) Hausser, obra citada, pág. 508.

(2) Hausser, I, págs. 514-530.

(3) Este es el parecer razonable de Hausser, I, pág. 547.

gente imperial era lo único que de Prusia podía exigirse. Pero el rey no supo persistir en su firme resolucion, sino que sucumbió á las instancias de lord Malmesbury y se obligó, en virtud del tratado de La Haya, á poner á disposicion de Inglaterra y de Holanda, á cambio de un subsidio mensual de cincuenta mil libras (4), un ejército de sesenta y dos mil cuatrocientos prusianos. Contrajo además esta obligacion de un modo que le rebajaba á la condicion de criado de aquellas potencias marítimas, pues segun fuera el de estas, así debía ser el teatro de operaciones de aquel contingente, el cual debía hacer conquistas en nombre de ellas y solo á sus mandatos debía prestar obediencia. Apenas hubo sido firmado el tratado cuando Prusia se arrepintió ya de haberlo hecho. La noticia de la sublevacion que había estallado en 17 de abril en Varsovia hacia inevitable una guerra en Polonia, guerra que indudablemente había de ser funesta para los polacos y en la cual habían de salir vencedores los rusos, que probablemente se quedarían con el resto de la república. Al propio tiempo surgió un grave conflicto entre el general Möllendorf y lord Malmesbury sobre el destino que había de darse al ejército prusiano. Malmesbury exigía que los prusianos se dirigieran á Bélgica y Möllendorf no quería abandonar el Rin central, invocando uno y otro el tratado de La Haya, en el cual se decía que el ejército prusiano, «despues de haberse puesto militarmente de acuerdo Inglaterra, Prusia y los Estados generales de Holanda, se dirigiria á donde se creyera mas conveniente á los intereses de las potencias marítimas.» Malmesbury hacia hincapié en «los intereses de las potencias marítimas» que exigían la accion de los prusianos en Bélgica, y Möllendorf se apoyaba en «el acuerdo militar,» que no podía existir sin su propio consentimiento (5). Antes de que se resolviera esta cuestion, el general Jourdan, despues de varios sangrientos combates cuyo objetivo era el paso del rio Sambre, atacó en Fleurus (26 de junio) con fuerzas muy superiores, pues las formaban el ejército recientemente creado del Mosa y Sambre, á los austriacos del principe de Coburgo, el cual, despues de haber resistido valerosamente toda la mañana, dió orden de cesar la batalla y de emprender la retirada cuando supo que se había rendido Charleroi, con lo cual se hacia insostenible su situacion. Mientras Coburgo se veía acorralado por Jourdan hacia el Rin, el ejército del duque de York era arrojado de Amberes por el general Pichegrú, que mandaba las fuerzas francesas del Norte, y se veía obligado á retirarse á Holanda. Desde fines de julio de 1794 los aliados habían perdido la Bélgica para siempre.

En Polonia se estaba representando, desde principios de marzo de 1794, el último acto de la tragedia, es decir, el licenciamento de los soldados polacos (6), cuando dos audaces oficiales (el general Madalinski en Pultusk y en seguida, 23 de marzo, el general Kosciuszko en Cracovia) se pusieron al frente de sus tropas y enarbolaron la bandera de rebelion, inaugurando con este acto una guerra de independencia que, sin esperanzas de éxito desde su origen, preparó por lo menos gloriosos funerales á la antigua Polonia. El héroe de esta lucha fué Tadeo Kosciuszko, hombre noble, valiente militar y gran ciudadano. En medio de la funesta corrupcion y de la desidia que mostraba la ilustre Polonia de aquel

(4) Además de esto, se le concedieron 300,000 libras para los primeros aprestos, un suplemento para la alimentacion y 100,000 libras para la retirada de las tropas. Hausser, I, pág. 546.

(5) Hausser, I, pág. 548. Véase Sybel, III, págs. 63-64.

(6) Catalina II había ordenado al gobierno de Varsovia, por conducto del general Igelstrom, que solo conservara sobre las armas nueve mil hombres del ejército de Polonia y seis mil del de Lituania, licenciando inmediatamente á los demás. Sybel, III, pág. 60.

tiempo, era Kosciuszko una aparicion verdaderamente majestuosa, y de los caudillos de la rebelion podía considerarse el único cuya incondicional integridad estaba por encima de toda calumnia (1). El supo entusiasmar á los patriotas en aquella lucha y convertir en guerreros á los siervos. Vestido con el tosco traje de los labradores y empuñando en la mano izquierda el crucifijo y en la derecha el sable, llevaba á sus tropas al combate. Sabia, sin embargo, perfectamente que la última palabra sobre Polonia no había sido pronunciada por los mismos polacos. Aceptó gustoso el oro francés que á su disposicion puso de buen grado la comision de Salvacion pública, pero se guardó muy bien de cometer actos que las potencias pudieran calificar de «anarquía francesa (2).» No habló para nada de abolicion de la esclavitud ni hizo declaracion alguna favorable á la Constitucion de 1791. Kosciuszko, al concebir su plan, no contó mas que con el odio nacional que contra Rusia y Prusia sentían el clero, la nobleza, los ciudadanos y los campesinos; para nada entró en sus cálculos la pasion política. Sus esperanzas de éxito descansaban, sin embargo, única y exclusivamente en el Austria, de cuya conducta respecto de la última division deducia multitud de falsas consecuencias. El día 4 de abril consiguió, al frente de sus soldados, derrotar á una division rusa en Raclawice, al Norte de Cracovia; el 17 del mismo mes estalló la conjuración de Varsovia con una sangrienta lucha en las calles de la ciudad, lucha que duró dos días y que terminó con la retirada de los rusos. Algo semejante ocurrió el 23 en Wilna. El día 1.º de mayo el conde Ossolinski, que se encontraba en Viena y que era el hombre de confianza de Kosciuszko, escribió una larga carta al ministro Thugut, á quien no había podido ver personalmente, para interesarle por la causa de Polonia, rogándole que la apoyara haciendo secretamente sus preparativos é interponiendo su influencia diplomática cerca de otras cortes. Dos días despues presentóse en Viena, en nombre de los rebeldes, un conde Solyk, el cual expuso al emperador la conveniencia de enviar á Galitzia un archiduque, á quien los polacos querían casar con la princesa hereditaria de Sajonia, para atraer al Austria á su causa, etc. etc. (3). Entretanto, el general Favrat había penetrado, el 10 de mayo, con un cuerpo prusiano en Polonia y avanzaba hacia el Pilica. El día 3 de junio presentóse el rey Federico Guillermo en su cuartel general, y el día 6, diez y siete mil prusianos y ocho mil rusos atacaron unidos á las fuerzas de Kosciuszko y de Grochowski, que en número de diez y siete mil hombres se encontraban junto al Pilica, en la aldea de Rawka. Trabajóse una sangrienta batalla, en la cual la infantería polaca, despues que la caballería había huido, como en Raclawice, peleó valerosamente por espacio de algunas horas, hasta que se vió obligada á abandonar el campo vencida por las fuerzas mas disciplinadas y por la táctica superior del enemigo (4). Kosciuszko se dirigió precipitadamente hacia el Norte, y Cracovia se rindió en 15 de junio á los prusianos, con gran indignacion de los austriacos, que de acuerdo con el comandante polaco Wieniawski habían querido anticiparse á ellos (5). Si despues de estas derrotas continuó encendida todavía durante algunos meses la revolucion en Varsovia, se debió á la guerra que, sin obedecer á plan alguno, hizo Fe-

derico Guillermo, el cual en 1.º de setiembre de 1794 cambió, como en Valmy, la órden que había dado de asaltar las murallas de Varsovia, entreteniéndose en cañonear durante dos días esta plaza, á lo cual siguió la retirada de los veinticinco mil prusianos á la Prusia meridional (6). Dos semanas despues, el general Suwaroff atacó á los polacos con un plan de guerra enteramente distinto del anterior. Hombre que estaba, por naturaleza, convencido de que á la idea había de seguir la resolucion, y á esta el hecho, como el trueno sucede al rayo; militar que había ascendido desde soldado y que, dotado del aliento del hombre del vulgo, sabia que el ¡adelante! y siempre ¡adelante! triplicaba sus fuerzas; general que nunca contaba las fuerzas del enemigo y que jugaba siempre el todo por el todo, era el hombre á propósito para acabar, con algunos miles de soldados rusos, la anarquía armada que reinaba en Polonia. Con solos doce mil hombres, y despues de un sangriento combate, arrojó á los polacos del general Sierakowski mas allá de los pantanos de Krupcyee (17 de setiembre), acorralándolos en Brzesc; el 19 pasó el Bug por delante de esta ciudad y causó á Sierakowski, despues de una batalla sangrante, una nueva y decisiva derrota. El día 10 de octubre el ejército de Kosciuszko fué derrotado en Maciejowice por los rusos del general Fersen, y en la noche del 3 al 4 de noviembre Suwaroff atacó la ciudad de Praga, cuya caída decidió la suerte de Varsovia y el fin de Polonia. A consecuencia de la lucha que en seguida se promovió en San Petersburgo entre los plenipotenciarios de las tres potencias, con motivo de la tercera y última reparticion de Polonia (7), y en vista de que el embajador prusiano, conde de Tanenzieu, se oponia tenazmente á las pretensiones que formulaba el Austria sobre Cracovia y Sandomir, Rusia y Austria firmaron en 3 de enero de 1795 un tratado especial (8), en virtud del cual el Austria, conforme á lo que deseaba, recibió, además de Croacia y de Sandomir, todos los territorios polacos situados al Norte de Galitzia limitados á la izquierda por el Pilica y á la derecha por el Bug. Rusia obtuvo la Curlandia y Semigalia, Samogilia, Lituania, el resto de la Rusia Negra, Podlesia y Volinia; y en cuanto al resto, que despues se llamó «Nueva Prusia oriental,» con Varsovia, debía ir á poder de Prusia si reconocia los lotes que Rusia y Austria se habían adjudicado.

Mucho antes de lo que en realidad lo hizo, hubiera Prusia aceptado este plan de division, si no se hubiese guardado respecto de sus cláusulas, durante algunos meses, un secreto chocante y si de la manera como procedían Rusia y Austria unidas no se hubiese desprendido que debía de haber mediado entre ellas algo mas que una inteligencia acerca de la distribucion de Polonia. Así era en efecto: además de aquel tratado referente á Polonia, había firmado el mismo día 3 de enero de 1795 una «Declaracion secreta relativa á la alianza entre Rusia y Austria,» la cual, entre otras cosas, obligaba á las dos potencias á auxiliarse mutuamente con todas sus fuerzas en caso de un ataque por parte de Prusia. Acerca de la esencia y del texto de esta declaracion nada se ha sabido hasta el año 1852 (9). Para el rey de Prusia, que en la primavera de 1795 no tenía aun conocimiento del tratado de division, la union tan evidente como molesta para él de las dos cortes imperiales constituyó uno de los motivos imperiosos que le hicieron ver claramente la necesidad de abandonar por com-

(6) Sybel, III, págs. 209-229.

(7) Sybel, III, págs. 267-292.

(8) El texto se encuentra en Martens, II, págs. 238-243.

(9) El primero que habla de ello es Danilewski-Militutin en su *Historia de la guerra de Rusia contra Francia, 1799*, revisada por Schmitt. Munich, 1856, I, pág. 296. (Véase Huffer, pág. 136.) Actualmente se encuentra tambien en Martens, II, págs. 243-248.

(1) Una descripción auténtica de su persona y de sus planes encontramos en la carta que el conde Ossolinski escribió á Thugut, en Viena, el 1.º de mayo de 1794. Véase Bivenot-Zeissberg, IV, pág. 203.

(2) Bivenot-Zeissberg, IV, pág. 205.

(3) Memoria secreta de la policia de 8 de mayo de 1794. Bivenot-Zeissberg, IV, pág. 213.

(4) Sybel, III, pág. 207.

(5) Bivenot-Zeissberg, IV, pág. 264.

pleto la guerra contra Francia y le indujeron á firmar la paz de Basilea (5 de abril de 1795).

Inmediatamente se vió con cuánto acierto había juzgado su situación. Los archivos rusos (1) nos demuestran que Thugut aplazaba intencionadamente de mes en mes la comunicación del tratado á la corte prusiana y que la paz de Basilea hizo imposible guardar por mas tiempo el secreto sobre el particular. Thugut, creyendo que el rey de Prusia había firmado esta paz únicamente para poder dirigir todas sus fuerzas contra el Austria, dió orden de que marcharan hácia las fronteras de Polonia y hácia Bohemia los ejércitos austriacos y pidió á la emperatriz que retardara nuevamente la comunicación del tratado, por la razon de que Rusia y Austria no se



Lecoindre de Versailles

habían puesto todavía de acuerdo sobre el plan de guerra que había de seguirse contra Prusia en el caso de que esta nación se decidiera á romper las hostilidades. El conde Rasumowsky procuró desvanecer estos temores del ministro, haciendo ver que no era de esperar que Federico Guillermo II desplegara la misma energía que había mostrado Federico el Grande. A pesar de todo, concedióse el aplazamiento solicitado; y solo en 2 de agosto recibieron Alopens y el príncipe de Reuss las órdenes en virtud de las cuales fué por fin presentado el tratado en Berlin.

Si en la corte de Berlin hubiera prevalecido la opinion que tanto temía Thugut, á la paz de Prusia con Francia hubiera seguido la guerra ofensiva contra el Austria que Thugut esperaba y aun deseaba, contando como contaba con el poderoso auxilio de Rusia. En vez de esto, se vió muy claramente cuán equivocada era aquella opinion. La funesta confusion que no hubiera existido sin el odio ciego que Thugut tenía á la Prusia, desapareció con una sola plumada de Federico Guillermo, el cual en 15 de agosto de 1795 dirigió á la emperatriz de Rusia una carta autógrafa en la que se declaraba dispuesto á aceptar el arreglo concertado en 3 de enero y á reanudar, en San Petersburgo, sobre las bases en el mismo

(1) Todo lo que sigue está tomado de las narraciones que con los documentos publicó Martens, II, pág. 261.

sentadas, las negociaciones relativas á la cuestion polaca. Al mismo tiempo, solicitaba de la emperatriz Catalina que se encargara de representar los intereses del Austria; y añadia que debía considerarse como una prueba de la sinceridad de sus designios el hecho de consentir en ceder los distritos de Cracovia y Sandomir, con tal que se le dejara una parte del primero, de la cual no podía desprenderse pues la necesitaba para proteger la Silesia prusiana.

Muy extrañas eran las opiniones que, en Viena, se oponían á una inteligencia. El día 8 de agosto Thugut había manifestado al embajador austriaco en San Petersburgo, conde Luis Cobenzl, que la única concesion que podia hacerse al rey de Prusia era cederle á Praga y sus alrededores, mediante las tres condiciones siguientes: 1.^a que renunciara en absoluto á la voivodía de Cracovia y Sandomir; 2.^a que se contentara con la cesion de una pequeña parte de Masovia, cuyos límites se fijarian con exactitud; 3.^a que se obligara, bajo la garantía de Rusia, á no hacer nada en la guerra contra Francia y á retirar sus tropas de los territorios del imperio. Por último, esperaba el emperador que la emperatriz, en vista de estas pruebas de «magnanimidad», enviaria, una vez resuelta la cuestion polaca, un cuerpo auxiliar de 40,000 rusos al Rhin para operar contra los franceses. En estas comunicaciones se descubre el error en que estaba Thugut, cuando en plena guerra con los franceses maltrataba al soberano del único ejército aliado con que podia contar, de tal suerte que Federico Guillermo creyó que su deber y su dignidad, si no su propia conservacion, estaban interesados en que ya que no hiciera desde luego la guerra al Austria, por lo menos abandonara la lucha contra Francia. Aquel ministro contaba con un ejército auxiliar ruso que inutilizara á los prusianos en el Vístula y los reemplazara en el Rhin, con lo cual probó que desconocia por completo la política de Catalina, cuyo verdadero plan era atizar á los demás para que hicieran la guerra á Francia y abstenerse de tomar parte en ella. Thugut seguía alimentando las mismas ilusiones, á pesar de los desengaños que le proporcionaba Catalina con lo que decía y aun mas con lo que permitía que se hiciera. A fuerza de grandes trabajos consiguió Catalina que en 24 de octubre de 1795 (2) vinieran temporalmente á un acuerdo el Austria y la Prusia, acuerdo en el cual nada se determinó acerca de la fijacion de las fronteras prusiana y austriaca en la voivodía de Cracovia. Hasta que la emperatriz se resolvió á dictar una sentencia arbitral sobre este particular, esforzóse Thugut por demostrar que Prusia «era el enemigo tradicional de las dos cortes imperiales y que la política prusiana había debido en todos los tiempos y ocasiones el éxito de sus planes ambiciosos de conquista única y exclusivamente á la violacion de los principios mas fundamentales de la equidad y de la buena fe (3).»

Thugut estuvo siempre, en la cuestion de la guerra contra Francia, en frente del partido de la paz, que dirigian los mas próximos deudos del emperador, y declaró solemnemente al embajador ruso que aun cuando este consiguiera inducir al emperador á la paz, su mano nunca firmaria un documento tan ignominioso (4). El ministro austriaco seguía confiando firmemente en que Rusia acabaria por tomar parte en la guerra, y cuando la emperatriz, en agosto de 1796, le dió la esperanza de que enviaria un ejército auxiliar al Rhin, su júbilo no tuvo límites y creyó que el emperador de Austria ya no tenía que temer las hostilidades de los príncipes alemanes, los cuales, en cuanto Rusia y Austria se dieran la mano,

(2) Martens, II, pág. 266-271.

(3) Thugut á Cobenzl, 14 de marzo de 1796, en Martens, II, pág. 272.

(4) Despacho de Rasumowsky, de 30 de julio de 1796, en Martens, II, pág. 274.

se verian obligados á abandonar á Prusia y á someterse á la voluntad de las dos cortes imperiales. El deseo mas ardiente de Thugut era que los rusos, durante su permanencia en Alemania, pudiesen devastarlo todo, segun costumbre rusa, «sin perdonar á nadie y procediendo á su antojo,» para castigar severamente por todas sus maldades á «las potencias alemanas,» es decir, á Prusia en primer lugar (1). La muerte de Catalina, acaecida en 6 de noviembre de 1796, y la declaracion del czar Pablo, mandando suspender la marcha del ejército auxiliar, fueron para él dos golpes terribles. Estas noticias habían sido comunicadas en 23 de noviembre al conde Cobenzl, el cual apeló, aunque en vano, á toda su elocuencia para evitar tan funesto cambio de política. Poseemos las observaciones marginales que el emperador puso á su nota de 23 de noviembre (2). Al margen del párrafo en que el embajador instaba para que Rusia mantuviera en las fronteras de Austria un poderoso ejército auxiliar, para que pudiera, en caso necesario, prestar los oportunos socorros, escribió el emperador: «Yo no consiento que se me prescriba lo que tengo que hacer.» Al lado de otro párrafo de Cobenzl, en el cual se decía que con esta conducta probaria el emperador al mundo entero cuán caros le eran los intereses de la coalicion, escribió el emperador: «Yo diré lo que los intereses exigen que se le diga.» Por último, á la exigencia de Cobenzl de que se dejara á Prusia á un lado y se le impidiera tomar parte en la guerra, contestó el emperador: «Yo diré lo que á mis intereses convenga.»

En enero de 1797 quedó definitivamente terminada la cuestion polaca. Despues que en 25 de noviembre de 1796 el rey Estanislao hubo formulado por escrito su abdicacion, firmóse (26 de enero de 1797) en San Petersburgo el tratado sobre las fronteras austriaca y prusiana por la parte de Cracovia, y al propio tiempo los representantes de las tres potencias suscribieron, con el carácter de «artículo separado y secreto,» las siguientes declaraciones:

«Reconocida por las dos cortes imperiales y por S. M. el rey de Prusia la necesidad de destruir todo lo que pueda despertar el recuerdo del extinguido reino de Polonia, las altas potencias firmantes del tratado se han reunido y obligado á no consentir en sus títulos respectivos la denominacion genérica de Reino de Polonia, que desde ahora y para siempre debe ser suprimida. En cambio les será permitido usar los títulos especiales que les corresponden como soberanos de las distintas provincias sometidas á su respectiva soberanía (3).»

CAPITULO III

LOS THERMIDORIANOS, LA PAZ DE BASILEA Y EL DIRECTORIO

Robespierre no comprendió cuán íntimamente quedaba ligado, como legislador de las ejecuciones en masa, con los encargados de ejecutarlas, pues de lo contrario ó no hubiera roto con ellos ó hubiera roto mucho antes, pero nunca hubiera puesto libremente en sus manos la espada de la ley del 22 prairial. Por otra parte, los conjurados vencedores del 9 thermidor no sospecharon que con Robespierre no habían destruido á un hombre sino todo un sistema y que este sistema era el suyo propio. El mismo Louchet, que con su proposicion para prender á Robespierre rompió el hielo en la sesion del 9 thermidor, decía en 19 de agosto (4) con

(1) Memoria de Rasumowsky, de 2 de octubre de 1796, Martens, II, página 275.

(2) Martens, II, pág. 283.

(3) Martens, II, págs. 303-304.

(4) *Hist. parl.*, XXXVI, pág. 33.

entera calma que entonces mas que nunca era preciso revertirse de la armadura de aquel implacable rigor que el «previsor y profundo Marat» no cesaba de aconsejar á la Convencion. «Mostrar compasion, decía, por la suerte de los antiguos privilegiados es un crimen; castigarles es un deber. El rayo de la Revolucion no debe descansar hasta que la aristocracia quede pulverizada, aniquilada. Penetrados de la magnitud de los peligros que amenazan á la libertad pública y de la necesidad de destruir cuanto antes la fuente de nuestros desórdenes interiores, convencéos de que no existe para ello mas recurso que mantener el terror al órden del día.» «¡Justicia, justicia!» tales fueron las aclamaciones que en todos los ámbitos del salon resonaron al ser pronunciadas aquellas



Carrier

palabras, y en la explosion de descontento que interrumpió al espantado orador, manifestóse una opinion que no toleraba aquel lenguaje una vez borrado el terror de los ánimos. Solo algunos días despues, en 29 de agosto, atrevióse Lecoindre de Versailles á leer en plena Convencion, á presencia de Billaud-Varennes, Collot d'Herbois y Barrere, de la comision de Salvacion pública, y de Vadier, Amar, Vouland y David, de la de Seguridad, una lista de sus crímenes, que demostraba su abominable furor y sus carnicerías (5) durante las seis semanas en que Robespierre les confió el tribunal revolucionario y la guillotina. Lecoindre descubrió una multitud de pormenores tan horribles como auténticos. Entonces fueron presentados como asesinos que realmente eran en grande escala, no quedándoles ya el recurso de hacer pesar sus propias culpas sobre los hombros del difunto Robespierre. Pero trascurrió mas tiempo de lo que creyó la posteridad desde que de las palabras y manifestaciones de esta clase se pasó á los hechos, y aun el mérito de quererlos y decretarlos no correspondió á aquel parlamento, por completo envilecido. Háse querido atribuir la rebelion de la Convencion contra su señor y dueño Robespierre á aquel desesperado valor que el exceso de indignacion moral puede despertar aun en el hombre mas débil; pero el curso mismo

(5) *Hist. parl.*, XXXVI, págs. 51-55.